



REVISTA PARA NIÑOS

LA NIÑA ESTUDIOSA.

15 céntimos

ROSA Y AZUL

Número corriente: 15 céntimos. REVISTA SEMANAL ILUSTRADA. Número atrasado: 25 céntimos
Redacción y Administración: Marqués de Santa Ana, 2.—MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

ESPAÑA: Seis meses, 3,50 pesetas; un año, 6 pesetas.

EXTRANJERO: Un año, 12 pesetas.

VENTAJAS QUE REPORTA LA SUSCRIPCIÓN

1.^a **Economía**, puesto que se obtienen por *seis pesetas* 52 números que, comprados semanalmente, cuestan **7,80 pesetas**, y además recibe el suscriptor como regalo en fin de año unas elegantes tapas y el índice para encuadernar **Rosa y Azul**.

2.^a **Preferencia** en el orden de inserción de los trabajos.

3.^a **El regalo** de los 116 folletines que van publicados de las divertidas *Aventuras de un pequeño filósofo*.

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

D.
residente en provincia de
calle número cuarto
se suscribe á *Rosa y Azul* por meses, y envía su im-
porte en (1)
..... de de 1905.

El suscriptor,

(1) Libranza de la Prensa, del Giro Mutuo, Sobre monedero ó metálico.

No se admiten sellos de Correos

ROSA Y AZUL

REVISTA SEMANAL
ILUSTRADA, MORAL É INS-
TRUCTIVA, DEDICADA Á LA
JUVENTUD

Director propietario: Estanislao Maestre

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Marqués de Santa Ana, núm. 2, primero.

NUESTRO CONCURSO



ALBERTITO FIGUIS LÓPEZ

(DE NUEVE MESES)

HABITANTE EN BARCELONA, CONSEJO DE CIENTO, NÚM. 268

(NÚMERO 36 DE LAS ADMITIDAS)



iii! ¡piii! ¡piiii!... Ya sabes lo que te he dicho, gorrioncito mío: vete hasta el alero de la iglesia, á las ruinas del torreón, y avisa de nuevo á toda la colonia, pues temo que nuestros amigos prefieran, desgraciadamente, irse á almorzar al campo á venir á este árbol unos momentos y tratar asuntos de interés para todos los pájaros del contorno... Anda, hijo mío, anda... ¡Ah!, y llégate al palomar del cortijo de las flores y á casa del Sr. Tórtolo y su familia.

—Bien, padre. Cumpliré el encargo... Hasta luego: de dos vuelos estoy allá... ¡Piil! ¡piil!

—Pues señor, la mañana está hermosa; da gusto este solecillo que le calienta á uno tan ricamente la pechuga... ¡Qué lástima que no tenga gusto de cantar!... La verdad, tanta desgracia de familia deja á uno sin sentido... ¡Once hijos! ¡Once gorrioncitos y mi señora, murieron á manos de esos crueles verdugos muchachos del pueblo! ¡Qué hermoso está el campo! ¡Qué contentos iríamos ahora todos gozando de la belleza de esos paisajes!... ¡Y luego no poder derramar una lágrima... En fin; allí viene gran bandada de hermanos...

¡Qué incautos, no saben que así ofrecen más blanco á los tiros del enemigo! ¡Jesús que algazara! ¡Vaya! Silencio, silencio, señores, y colóquense como mejor puedan en estas ramas; pero, ante todo, ¡silencio!, de lo contrario, estamos perdidos... Aquí llegan las tórtolas; hacia este lado señoras... ¡Las codornices! Simpáticas señoritas, ustedes aquí. Que todos estemos en lo más frondoso de este corpulento árbol.

—¡Piil! ¡piil! ¡piil! Se declara abierta la sesión. Y ahora os digo: Señores, yo, como gorrion humilde, pero decidido, os he convocado con objeto de llegar á un acuerdo en contra de nuestros asesinos. Se nos hace una guerra cruel; nuestra población decrece de un modo espantoso; es necesario, pues, que se nos proteja, y por nuestra parte adoptar medidas radicales, huir y dejar que toda clase de insectos devore las plantas de esos salvajes... ¿Qué se ha hecho, señores míos, de las leyes que regulan nuestra existencia?... ¿Qué de los castigos que imponerse deben á los que allanan nuestras moradas?... ¡Ah! ¡Es inaudito que toleremos tales cosas!... Las piedras y los perdigones, las redes y los cepos se multiplican para nuestro exterminio!... ¡La hora de la revancha ha sonado, señores pájaros! ¡Defendámonos! He piado. (*Gorjeos prolongados.*)

—El verdedón del nocedal tiene la palabra.

—Agradezco al señor gorrion presidente su bondad en concederme el uso de píar, y así lo hago para manifestar mi conformidad con todo lo por él expuesto... Opino que debemos redactar una enérgica exposición de protesta al señor Ministro, que estos días habita aquí cerca... Yo conozco á Eusebia, la doncella de servicio de su excelencia; es mujer muy cariñosa y caritativa; todos los días nos invita á comer, y por ella podemos hacer llegar nuestra instancia... Esto, si estamos

de acuerdo. De lo contrario, una mañana nos entramos en pleno por la ventana del cuarto del Ministro y nos hacemos oír directamente, pidiendo protección y auxilio á su excelencia, señores pájaros.

—¡Pii!... ¡pii!... ¡pii!... Bien. Muy bien; todos de acuerdo.

—¡Silencio, señores! ¡Si alguien estuviera acechando tirador en mano!...

—¡Eh! Señores tórtolos: hemos venido aquí á tratar de nuestra defensa, no á arrullarnos; la Asamblea merece ciertos respetos.

—Al fin tórtolos, señor gorrión presidente.

—¡Ja... ja... ja!...

—¡Señores! Más seriedad; pensemos en nuestros hermanos, en nuestros hijos, en nuestras hembras; unos muertos, otros prisioneros... Respetemos mutuamente nuestro dolor.

—¡Muy bien! ¡Muy bien!... Este es un gorrión que vale.

—Veo que la seriedad reina nuevamente entre nosotros, y me atrevo á gorjear breves instantes para haceros presente la necesidad en que estamos de vengarnos personalmente de nuestros más encarnizados enemigos...

—¡Sí, sí! Del chico del veterinario y de Pascasio el del carretero, sobre todo; esos son nuestros más bárbaros exterminadores.

—¡Bien! Se toma ese deseo en consideración; pero, ante todo, propongo por ahora las mayores precauciones: al volver por el campo, no afrontar peligros; en suma, si después de esto no conseguimos remedio al mal, vamos al Ministro, y si éste nos des-

atiende, emigramos de aquí á escape... ¡A ver, ese joven palomino quiere hablar!...

—Está atontado, señor presidente.

—...¡Momento crítico para nosotros! ¡Si alguno se mueve estamos perdidos!... ¡Quietos, que no se oiga ni una buchada!... Por ahí van Pascasio y su amigo con el tirador cargado... ¡Pidamos por nuestras vidas!... ¡Horror, miran hacia aquí!... ¡No nos ven! ¡Siguen andando hacia el arroyo! ¡Ya pasaron!... ¡Ah, perdigones! Dejan dos banastas en el suelo llenas de... ¿de qué?... ¡Ah! sí, una de uvas, rubias como el oro; la otra de grano.

—¡Bribones de chicos! ¡Pues no van hoy á coger pececillos!...

—Es un deber dar una lección á esos zánganos.

—¡Sí, sí! Es necesario.

—¡Silencio y silencio!... No van á dejar ni uno de nosotros.. Oid mi proyecto de venganza...

—¡Oigamos, oigamos!

—Creo que debemos de ir descendiendo uno á uno hasta el suelo, ocultos por el grueso de este árbol, y aproximarnos después hasta las banastas.

—¡Resuelto!... ¡Vamos allá!...

—¡Con cautela!... Y en llegando á las banastas nos hartamos de comer; uno vigila y, caso de acercarse los chicos, avisa; en tanto tiramos el grano que no comamos, picamos todas las uvas, y vengados... Conque, silencio y uno á uno. ¡Demonio de tórtolos, se obstinan en quedarse aquí!... ¡Ajaja!... ¡Ya estamos!... ¡Vaya un banquete! ¡Eh?... ¡Qué rico grano!... ¡Qué hermosa uva!... ¡Vendetta, amigos, vendetta!...



—¡Buena paliza! ¿Habéis oído qué tunda les han dado?... ¡Ja..., ja!... ¡Cómo llegaron las cestas á casa! ¡Buena fiesta tuvimos!... Hubo algunos borrachos... Eso sí, que la guerra ahora va á ser sin cuartel, á muerte... Gue-

rra en que han de perecer algunos de los nuestros... ¿Qué dice esa tórtola?...

—Nada. ¡Qué ahora van á pagar justos por pecadores!

MANUEL CALVÍN REDONDO.

LA ESCUELA

Lo dijo un sabio y lo cantó un poeta
de quien jamás se extinguirá el renombre:
suprimid la instrucción, que le completa,
y habréis en breve suprimido al hombre.

Sin el criterio y la razón por guía,
sin la prudencia y la razón por freno,
pronto al indócil bruto imitaría
contrario al bien y á la virtud ajeno.

Como la estatua con primor labrada,
que antes de ser asombro de la gente,
es encina á las selvas arrancada,
helado mármol, ó metal hirviente;

Y del artista, al soplo soberano,
llega, en deidad ó en héroe convertido,
á reflejar el sentimiento humano
y enardecer el ánimo abatido;

Así vive la pobre inteligencia,
larva desconocida y misteriosa
que al sol del entusiasmo y de la ciencia
se trueca en irisada mariposa.

Instruir es crear; si hubo algún día,
borrado ya del tiempo en los anales,
en que la fuerza bruta decidía
la suerte de los míseros mortales,

Hoy que triunfa el amor de los agravios,
hoy que hacía el porvenir vamos serenos,

los héroes huyen donde están los sabios,
los fuertes tiemblan donde están los buenos.

Pueblos, de Cides no, de mercaderes
por todo el ancho mar tienden sus velas;
se amasa la fortuna en los talleres;
la gloria se conquista en las escuelas.

La instrucción hace al hombre, y éste luego
hace la tierra en que vivir le toca;
si busca en el trabajo su sosiego,
convertirá en edén la estéril roca.

Honremos, pues, á aquellos escogidos
del estudio y la ciencia campeones,
que de los seres que nos son queridos
alumbran la razón con sus lecciones.

En esa juventud, que hoy balbucea
del saber los primeros rudimentos,
se esconde acaso la futura idea
que ha de mover del mundo los cimientos.

Que siempre al bien y la virtud la guíen
los que la prestan á batalla ruda;
que no empañe los labios que aún sonríen
la venenosa baba de la duda.

Y en justo premio de su afán constante,
vejar á los maestros nadie intente;
que no vuelvan á ser ni un solo instante
¡los mártires del nuevo siglo veinte!

MANUEL DEL PALACIO

JUAN Y PERICO

(Historia de un mirlo sabio)
(CONTINUACIÓN)

CAPÍTULO II

DE su primera entrevista con Perico, la abuela de Juan sacó una herida que la producía grandes dolores; mas no llegó á ser de gravedad, gracias á una pomada milagrosa que le había enseñado á confeccionar su abuela, la cual, á su vez, aprendiólo de su abuela, y ésta de la suya, y así se remontaba la fórmula, de abuela en abuela, hasta los tiempos prehistóricos.

Desde entonces, desde que Perico se le agarró al dedo, la anciana fué más prudente con los desconocidos. Sin embargo, dejó á su nieto que tuviese en casa al travieso mirlo.

—Mi herida no es grave—pensaba—; dejemos al muchacho que se encargue de cuidar al pajarraco; yo tengo bastante con mi perro Turco y mi gata Canela. Mientras Juan pueda entretenerse con Perico, no me

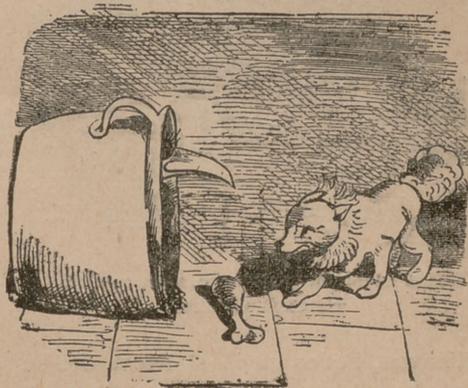


Con cierta pomada milagrosa...

dará guerra. Todo se reduce á que yo no gaste bromitas con el mirlo.

Y he aquí á Perico admitido en aquella familia de honradotes aldeanos.

Le encerraron en una jaula que le hacía el efecto de una horrible prisión; por esto, desde el primer día comenzó á estudiar la manera de fugarse, lo que no tardó en con-



Dentro del cacharro, Perico parecía un centinela.

seguir. Libre ya, tomó posesión de la casa y la recorría de cabo á rabo, desde el cajón que la Canela tenía en la cocina, hasta la espuerta en que el Turco se acostaba allá en el rincón de la corralada.

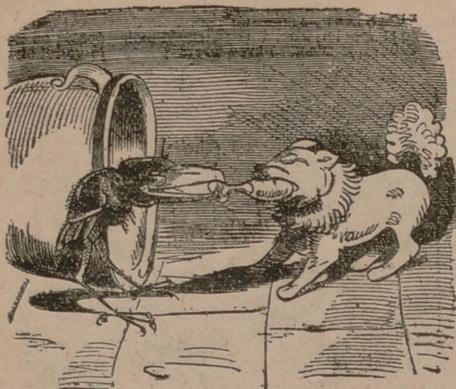
En los tiempos de frío, el perro se acurrucaba en un extremo del hogar, y allí, cerca del fuego, descansaba tranquilamente, esperando de la generosidad de la anciana el cazuelo de la sopa y los huesos limpios de todo asomo de carne.

Una mañana, cuando el Turco se disponía á roer un hueso, encontróse á Perico metido dentro de un viejo vaso de noche. Parecía un centinela metido en su garita.

El mirlo contemplaba tan pronto al perro como al hueso. El Turco estaba indeciso, con los dientes más largos que un día sin pan. Al fin se acercó al hueso, pero cuando se disponía á hincarle el diente, un grito le contuvo:

—¡Quieto, golosón!

Al oír la voz, el Turco se volvió hacia la puerta de la cocina, examinando con la mirada si andaba por allí la anciana.



Cogió el hueso por un extremo, mientras Perico le retenía por otro.

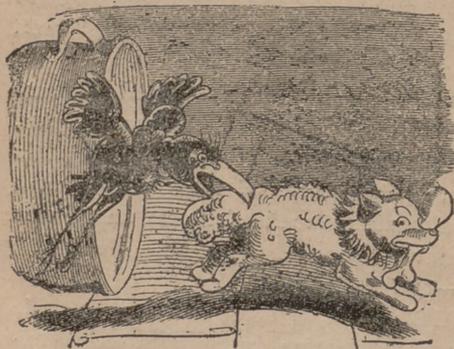
Mientras, Perico cogió el hueso con su largo pico.

Al volverse el Turco y ver el hueso en poder del pajarraco, lanzóle una mirada furiosa; luego, comprendiendo su situación, gimió tristemente.

El mirlo interpretó bien el gemido, y gritó:

—¡Ven á cogerle!

El Turco miraba indeciso al pelado hueso y al curvo pico del pájaro, á quien consideraba su enemigo. Al fin tomó una resolución enérgica. ¡Poco se reiría la Canela si viese á su compañero juguete de un mirlo de tres al cuarto! Además, la boca se le ha-



Lógro cogerle por la cola...

cía agua al pensar lo sabroso que estaría aquel hueso, probablemente de un tierno corderillo que había sacrificado la anciana el día anterior para regalar á su nieto.

Decididamente, había que lanzarse, y se lanzó, logrando coger el hueso por un extremo mientras Perico le retenía por el otro.

Más tunante el mirlo, pensó dejarse tragar por el perro y darle la desazón dentro ya del vientre; pero le contuvo la idea de que el Turco podría machacarle con sus dentarrones.

Tiraba el perro, no soltaba el mirlo, y así habrían estado por los siglos de los siglos, si Perico no se hubiese sentido desfallecer; y como notase que la presa se le marchaba, gritó:

—¡Animal!

Pero al abrir el pico para lanzar aquella frase, soltó el hueso, y el Turco escapó á correr á toda prisa.

Al ver esto Perico, lanzóse tras él, y encarnizadamente le perseguía por toda la casa; tan presto le mordía en una pata como en una oreja; al fin logró cogerle por la cola, y allí se cebó sañudamente.

Así corrieron toda la casa y la corralada, en infernal galop: el Turco, sin soltar el hueso; Perico, sin dejarle la cola. Volvieron otra vez á la cocina, y el mirlo, más perverso que el can, imaginó saltar sobre su lomo y arrancarle lentamente mechones de pelo á picotazos. Aquello era demasiado cruel, y el perro se vió obligado á soltar el tan codiciado hueso.

Pero al dejar la presa quedábanle libres los dientes y en disposición de presentarlos como arma defensiva. ¡Y vaya si los aprovechó!

La cocina estuvo pronto sembrada de pelos y plumas, porque los combatientes no podían llegar á la carne, y Dios sabe lo que habría sido de ellos si un tercer personaje no hubiera intervenido en la contienda.

La amable Canela, andando silenciosamente, se apoderó del hueso con la mayor tranquilidad.

En el furor de la encarnizada pelea ni Perico ni el Turco se habían dado cuenta de aquel rapto; pero al lanzar el perro una mirada oblicua, vió á la Canela con el hueso en los dientes. ¡Santo cielo, qué indignación! ¡Con que también ella!... ¡Ella, á quien Perico guardaba toda clase de consideraciones... siempre que no andaba la comida por medio!

¡Ah, mala compañera! ¡El, que respetaba su rincón y se marchaba á la corralada para no molestarla!... ¡Con que el maldito pajaraco había venido á turbar la paz de aquellos amigos!...

Mientras el mirlo reponía sus fuerzas y buscaba las tres únicas plumas que tenía en la parte trasera, y que el Turco le había arrancado de una dentellada, el perro se lanzó tras la Canela. Ésta saltó ágilmente sobre el fogón, luego al vasar, después á la campana de la chimenea y al fin fué á buscar refugio en el cacharro en que Perico estuvo de centinela, y, acostándose sobre el hueso, preparó las uñas por si había que clavarlas en algunos ojos.

El mirlo, que había observado todo esto con el rabillo del ojo, levantó el vuelo y se posó encima del cacharro. Luego, con su vocecita guasona, preguntó á la gata:

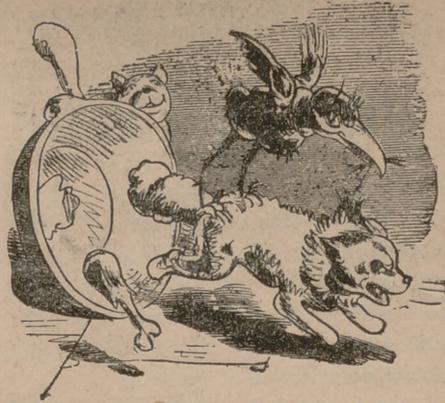
—¿Hay apetito, señorita?

La Canela maulló furiosamente.

El Turco ladró con su vozarrona de los grandes acontecimientos.

Perico lanzó una mirada de inteligencia al perro; éste agitó la cola en señal de que le había comprendido. Entre los dos enemigos, irreconciliables momentos antes, la alianza era un hecho. La paz estaba pactada y de acuerdo el Turco y Perico para emprender la campaña contra la gata.

¡Guerra sin cuartel! ¡Guerra á muerte! ¡Proclamado el estado de sitio!



Montado en su lomo le arrancaba mechones de pelo.

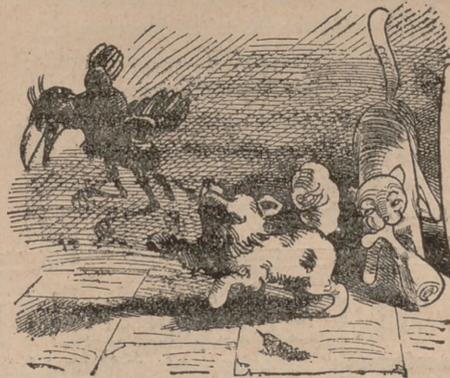
Mas ¿por dónde empezar el ataque? De frente era peligroso, porque la Canela tenía las uñas bien afiladas. Lo mejor era sitiár al enemigo por el hambre. Con el disputado hueso no lograría sacar la tripa de mal año, y seguramente que antes de veinticuatro horas la plaza se rendía.

Nada había más seguro ni que menos expusiera á los sitiadores. Era aquél un magnífico plan de campaña.

Mas era el caso que la impaciencia de los sitiadores no les permitía soportar la duración del bloqueo.

M. VENET.

(Se continuará.)



La Canela aprovechó la ocasión para coger el hueso.

ENTRETENIMIENTOS CIENTÍFICOS

UN LÁPIZ QUE ESCRIBE SOLO

TOMAD una caja redonda y plana. Puede servirnos una de esas en que la abuelita os trajo confites. Con la punta de unas tijeras ó de un cortaplumas haced una abertura por donde pueda pasar un lápiz de los que usáis á diario. Cuando hayáis introducido el lápiz en la caja, procurando quede igual cantidad por cada uno de los extremos, tendréis una especie de perindola; juguete que no es preciso indicaros cómo se hace bailar.

Sólo que este aparato no es precisamente una simple perindola, ni una perindola simple, sino un verdadero mecanismo por medio del cual podemos hacer bonitos dibujos para que nuestra hermanita comience á lucir sus dotes de bordadora.

Como el aparato ya está en condiciones de funcionar, veamos lo que puede dar de sí.

Tomad una hoja de papel fuerte y colocadla encima de un cartón. Ahora coged el cartón con la mano izquierda, y con la derecha poned el aparato sobre el papel y hacedle girar, y él describirá un festón, que vosotros podéis obtener más ó menos ancho según el impulso que déis al cartón.

Cada vuelta del aparato-perindola será un festón; y tantas vueltas como le hagamos dar tendremos de dibujos.

Entra en mucho la habilidad del operador para conseguir bonitas combinaciones; y á vuelta de alguna paciencia todos podéis obtener preciosos dibujos.

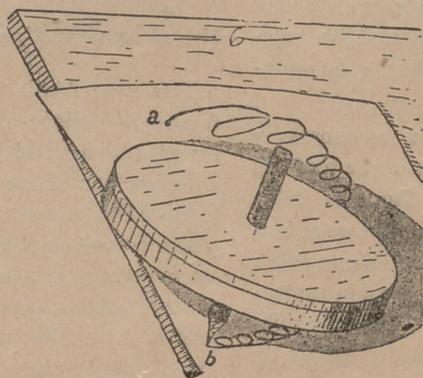
Para hacer que el aparato escriba nuestro nombre no hay más que medir la distancia que el lápiz ha de recorrer, y trazar sobre el el papel dos puntos (*a b* del dibujo); poned el lápiz sobre primero, haced girar el aparato, y por medio del movimien-

to que imprimáis al cartón conseguiréis ver cómo el lápiz solo escribe aquello que pretendíais.

Puede ocurrir que no resulte á la primera vez; acaso tampoco á la segunda; continuad sin desanimaros, que las grandes obras no son fruto de un momento.

Luego os gustará poder decir á los amigos: «Yo tengo un lápiz que dibuja solo, y hasta escribe un nombre. Es un lapicero mágico... que me costó dos perros chicos.»

JAVIER CABEZAS.



Á NUESTROS LECTORES Les agradeceremos mucho nos hagan el favor de decirnos qué otras reformas se les ocurren que podríamos introducir en ROSA Y AZUL. Y como para ellos haremos la Revista, con mucho gusto adoptaremos aquellas que estén al alcance de nuestras fuerzas económicas y que no se aparten de nuestra manera de ser.

cuando los lacayos abrieron la portezuela, ofreció su brazo á una señora gruesa y anciana, cubierta de diamantes, que se disponía á bajar del coche. La señora levantó la cabeza, y viendo á Juan cubierto de pelo, con su tridente, sus cuernos y su larga cola, dió un grito de terror y hubiera caído si Wilson que llegaba de gran uniforme, no la hubiera recibido en sus brazos. La señora le dió las gracias, el capitán se inclinó delante de ella y Juan se apresuró á tocar retirada.

Entró en el salón y se introdujo entre la multitud; pero era tan compacta que apenas podía nadie moverse, y cansado de hacer el diablo, se dijo á sí propio:

—Esto es estúpido, en la calle me divertiré más.

Poniéndose su capa dejó el baile y salió en busca de aventuras. Había andado por el campo como media milla cuando llegó á una espléndida casa que tenía delante un jardín plantado de naranjos. Determinó reconocerla y observó en el piso bajo una ventana abierta que daba á una habitación donde había luces. Trepó, recorrió un poco la blanca cortina que la cubría, y miró al interior. Allí vió una cama en la cual yacía una persona anciana que parecía moribunda, y á su lado estaban tres hombres, uno de los cuales tenía un crucifijo en la mano, otro un incensario y el tercero estaba sentado al lado de una mesa donde había papel, pluma y tinta. Como Juan entendía el español escuchó y oyó que uno de aquellos hombres decía:

—Los pecados de usted son enormes y no le dará el cura la absolución hasta que se haya arrepentido.

—Ya lo he hecho—contestó el moribundo—; dejen diez mil duros para que se digan misas por mi alma. Se dirán quinientas.

—Quinientas no son suficientes. ¿Cómo ha ganado usted sus enormes riquezas? Con la usura y robando á los pobres.

—Dejen mil duros también para que se distribuyan entre los pobres el día de mis funerales.

—Mil duros no son nada, debe usted dejarlo todo á los pobres.

—¿Y mis hijos?

—¿Qué son los hijos comparados con la salvación? O consiente usted, ó no permitiremos que tenga los consuelos de los moribundos.

—¡Misericordia!—exclamó el enfermo.

—No hay misericordia; está usted condenado para siempre. Vamos á llamar quien le excomulgue.

—Deténgase usted. ¿Está dispuesto el papel?

—Aquí está. Según este papel, usted revoca los anteriores testamentos y deja todos sus bienes á los pobres para que se distribuyan por la iglesia.

—Lo firmaré; pero que venga un sacerdote y me absuelva.

En seguida firmó el papel con dificultad.

—Estos son tres bribones, instrumentos de algún complot—pensó Juan; y dejando caer su capa entró en la habitación describiendo las cortinas con ambas manos, y soltando una carcajada.

Los hombres se volvieron, creyeron que aquella aparición era el demonio, dejaron el papel sobre la mesa y cayeron con las frentes pegadas al suelo.

—*Hesi foras, Satanás*—murmuró uno de ellos.

—¡Já, já, já!—repitió Juan, y tomando el papel que estaba sobre la mesa, le quemó á la luz de una de las velas. Miró después al enfermo que estaba en la cama, y observó que acababa de morir. Dió otra gran carcajada para intimidar á

aquellos hombres, apagó las velas, saltó por la ventana, se envolvió en la capa y desapareció á todo correr.

Cuando ya no pudo correr más, se detuvo al lado del camino y se sentó. La luna brillaba en todo su esplendor, y Juan no sabía dónde se encontraba; pero Menorca, se dijo, no tiene muchas carreteras, así es que no tardaré en encontrar la que me lleve á casa. Veamos, no se ha perdido la noche, porque he evitado á esos tunos que deshereden á una familia. No sé quién es esa familia, pero, indudablemente, debe estar me muy obligada. Sin embargo, si me encuentran los que pueden tener interés en perderme, y saben que he representado la figura del diablo junto al lecho de un moribundo podrán denunciarme á la inquisición. Cuando me encuentre á bordo de la *Aurora* no me atreveré á volver otra vez á tierra. Por el pronto veamos dónde estoy; subamos á esa altura desde donde se descubre más camino.

La altura se había formado por haberse abierto el camino por medio de ella, y uno de sus lados tenía de doce á catorce pies de elevación. Juan subió y miró á una y otra parte.

—Allí está el mar—dijo—; la luna refleja sobre las olas; aquí está el camino que debe conducir á la ciudad y al puerto. ¿Pero quién viene hacia aquí?... ¡Ah! Es un carruaje, el mismo que traía la señora de los diamantes con sus dos lacayos de gran librea. Observé que salieron al camino una docena de hombres, se apoderaron de las bridas de los caballos, descargaron sus armas de fuego y dejaron caer al cochero del pescante, y á los dos lacayos que iban detrás. Los ladrones abrieron la portezuela y sacaron á la gruesa señora. Juan meditó un momento y le ocurrió que aunque no podía comba-

tir á tantos podría quizá asustarlos como había asustado á los otros aquella noche; arrojando su capa y adelantándose al borde del precipicio, iluminado por los rayos de la luna que daban gran relieve á su figura, levantó su tridente, y cuando los ladrones alzaban sus puñales sobre la señora, lanzó su grito infernal: ¡Já, já, já! Los ladrones miraron hacia arriba, y olvidando que estaban en carnaval, porque el crimen es siempre tímido, se llenaron de terror; algunos corrieron y cayeron á unas cuantas varas de distancia; otros se quedaron como paralizados é insensibles. Juan bajó de la altura y corrió al auxilio de la señora anciana, que estaba desmayada, para volverla á poner en el carruaje, pero aunque tenía gran fuerza, la obra ofrecía graves dificultades. Después de uno ó dos esfuerzos logró bajar el estribo y subir á la señora al primer escalón. Desde aquél, en otro empuje, consiguió subirla al segundo, y al fin la sentó en el fondo del carruaje, cerrando la portezuela; recogió los vestidos según se lo permitía la decencia, y luego que hubo cerrado el carruaje, saltó sobre el pescante, recogió las riendas, azotó con el tridente los caballos, y salió á buen paso sobre los cuerpos de los ladrones que yacían en el suelo trastornados.

—No sé el camino—dijo Juan—; pero no lo necesito, puesto que el diablo guía.

Después de haber andado un rato al trote de los caballos, moderó á poco la velocidad del paso, porque pensó que dejándolos un poco de libertad, ellos solos se encaminarían á su casa. Los caballos, llevando flojas las riendas, antes de llegar á la ciudad volvieron por un recodo y se detuvieron delante de una gran casa de campo. Para no asustar á la gente, Juan se había vuelto á poner su capa, quitándose la máscara y los cuernos de la

cabeza, habiéndolos metido en el carruaje. Al sonido de las ruedas salieron los criados, y Juan en pocas palabras les refirió lo que había sucedido. Algunos corrieron, y una señorita se presentó mientras ayudaban á la señora anciana, que había recobrado el conocimiento, á salir del carruaje. Estaba tan asustada que, á pesar de haber vuelto en sí, no se había atrevido á variar la posición en que Juan la había colocado.

Juan bajó del pescante y entró en la casa. Dijo á la señorita lo que había ocurrido, y cuán oportunamente había asustado á los ladrones, precisamente cuando iban á asesinar á la señora. También la invitó á que enviase gente en busca de los dos lacayos y el cochero que habían caído en el ataque, lo cual fué hecho inmediatamente saliendo una partida de gente bien armada.

Después de esta arenga Juan hizo una reverencia muy cortés y se despidió, diciendo que era un oficial inglés perteneciente á la fragata que estaba en el puerto.

Al cabo de media bora se encontró en la fonda con su compañero. Pensó que debía guardar el secreto, y solamente dijo que había dado un gran paseo por el campo, é inmediatamente se metió en la cama.

A la mañana siguiente hizo su maleta y pagó la cuenta. Acababa de completar esta importante operación, cuando se presentó para hablarle un hombre en traje entre eclesiástico y civil, con aire afectado y pulido, y rostro grave y circunspeto; le dijo que iba á anotar por escrito el nombre del oficial que, disfrazado de diablo, había asistido al baile de máscaras en la noche anterior.

Juan miró á su interlocutor, y pensó en la inquisición.

—No, no—dijo para sí—, no haré yo la tontería de decir mi nombre. Daré el de una persona con quien vosotros no podáis atreveros. Prenderéis á un guardia marina, pero no os atreveréis en modo alguno á poner la mano al capitán de una de las fragatas de S. M. B.

Tomó el papel y escribió:

«Capitán Enrique Wilson, de la fragata de S. M. B., *Aurora*.»

El personaje hizo una grave cortesía, dobló el papel, se lo guardó en el bolsillo y salió de la estancia.

Juan dió medio doblón de propina al criado, encendió un cigarro y se dirigió á bordo.

CAPÍTULO XXII

EN QUE SE PRUEBA LA VERDAD DEL ANTIGUO PROVERBIO DE QUE NO SE PUEDEN CONTAR LOS POLLOS HASTA QUE NO HAYAN NACIDO.

El primer teniente de la *Aurora* era un buen oficial bajo muchos aspectos; pero desde el tiempo en que había sido guardia marina, había contraído la costumbre de tener siempre las manos en los bolsillos del pantalón, y no las sacaba aun cuando el buque estuviera azotado por el vendaval, no obstante que en estos casos las manos suelen ser muy útiles.

Más de una vez había recibido graves heridas cayendo en tales ocasiones, pero la costumbre era en él demasiado poderosa, y aunque una vez se había roto una pierna al caer de la escotilla, y tenía una gran cicatriz en la frente por haber sido lanzado contra uno de los cañones por la fuerza de los balanceos, continuaba siempre su práctica. Contábase que necesitando una vez subir á la arboladura, había ganado los dos primeros pelda-

ños de la escala de Jacob sin sacar las manos, hasta que, habiendo perdido el equilibrio, descubrió que no era tan fácil subir á las cofas ó á los topes con las manos enfundadas.

En suma, no había medio de hacérselas sacar ni aun en los casos en que todas las manos eran necesarias.

Tenía otra particularidad: que se había aficionado á una especie de panacea, llamada medicina universal, para todo el género humano.

El Sr. Pottyfar, que este era su nombre, estaba convencidísimo de que el título de esta medicina no era falso y que curaba todos los males. Gastaba una parte de sus rentas en botellas de la panacea, y no sólo la tomaba cuando se encontraba mal de salud, sino también cuando estaba bueno, para evitar el caer malo. Además, la recomendaba á todo el mundo en el buque, y nada podía ser más agradable para él que dar una dosis á todo aquel á quien podía convencer para que la tomase.

Los oficiales se reían de él, pero siempre á sus espaldas, porque se enfadaba mucho cuando se le contradecía acerca de su medicina.

Era infatigable en hacer prosélitos en su favor, y ponderaba sin cesar sus virtudes, probando la verdad de sus aserciones por medio de un folleto que con sus manos llevaba siempre en los bolsillos del pantalón.

Juan se presentó á participar su llegada, y el Sr. Pottyfar le manifestó el deseo de que tomase parte en las obligaciones diarias, pues que había tenido bastante tiempo de huelga en tierra. Juan accedió á obedecer esta orden, y bajó á las cámaras donde encontró á Gascoigne y sus compañeros, á muchos de los cuales ya conocía.

—Vamos, Franco, ¿se ha cansado usted ya de vivir en tierra?

—Completamente— dijo Juan, recordando los acontecimientos de la noche anterior—. No tengo intención de volver á pedir otra licencia mientras estemos aquí.

—Tanto mejor, porque el Sr. Pottyfar no es muy liberal en esto de dar licencias; sólo hay un medio de que las conceda.

—¿De veras? ¿Y qué medio es ese?

—Es preciso decirle que está uno malo, y tomar una dosis de su medicina; entonces es cuando le permite bajar á uno á tierra para que produzca sus efectos.

—¡Hola, hola!; tan luego como anclamos en la Valeta, me voy á poner en cura; pero hasta entonces no necesito medicarme.

—Yo también me pondré malo y tomaremos la medicina del Sr. Pottyfar, porque es una medicina igualitaria; cura lo mismo un mal que otro.

—O mata, lo cual nivela también á todos los pacientes. Tiene usted razón, Gascoigne, debemos proteger esa panacea, por muchas razones. Pero ¿quién es ese personaje oscuro que he visto sobre cubierta?

El muftí, el capellán del buque; pero aunque capellán, es un marino de primera fuerza.

—¿Cómo así?

—Fué criado en el alcázar de popa, sirvió el tiempo de su empeño, llegó á ser teniente, desempeñó dos años este empleo y después lo dejó y se dedicó á la iglesia; dicen que desde entonces trae una vida infeliz.

—¿Por qué?

—Porque conoce que ya no puede remediar el cambio que hizo. Al principio creyó que podría ser un buen cura, y

LAS GUERRAS MODERNAS

(PAPIRUS CONTRA PLOMBUS)

PAPIRUS I reinaba en Villacartón, allá por los años de Mari-Castaña, y era bondadoso en extremo y amante de sus súbditos.

Una tarde en que el calor se dejaba sentir fuertemente, Papiirus se quedó dormido en un sillón después de la comida. Cuando más dulce era su sueño, el capitán que mandaba aquel día la guardia de palacio entra precipitadamente en la cámara real, y, moviendo dulcemente al Rey, le grita:

—¡Señor!...
¡Señor!... ¡Arriba!

—¿Qué ocurre?—pregunta el Rey, despertando asustado.—¿Hay fuego en mis reales habitaciones?

—No, señor; pero...

—¿Está enferma la Reina Cartulina?

—No, señor; pero...

—Entonces, ¿por qué demonios me habéis venido á interrumpir la siesta?

¡Ah, señor! Soy portador de una mala nueva que os ha de entristecer. Vuestro reino ha sido invadido por las tropas republicanas de Plombus. ¡Dentro de poco el enemigo estará á las puertas de Villacartón!

—¡Cien mil bolas de papel!—exclamó Papiirus, dándose un puñetazo en la nariz.

Y después de rascarse la barba y quedar sumido en profunda meditación, agregó:

—Que se reúna el Consejo de Ministros,

y que venga á mi real presencia el general Cataplún.

Con esto demostró Papiirus que era un Rey con toda la barba, aunque en aquel tiempo todos llevaban la cara afeitada.



Su Majestad la Reina Cartulina y un caballero de la corte del Rey Papiirus.

Estas figuras se calcan en un papel, se pegan luego en una cartulina y se deja un trozo sobrante por la parte de abajo, que, doblado, sirve de base para que se tengan en pie. No entro en más detalles; todos sabéis hacerlo.

Nada había preparado para la defensa de Villacartón. Su ejército lo constituían exclusivamente soldados de papel, armados con alfileres, los de á pie, y con mondadientes, los de á caballo. De donde resultaba imposible resistir el ataque de los ejércitos de

Plombus, compuestos de soldados de plomo, que vestían lindos trajes pintados de mil colores.

Por esto, las huestes de Papiirus tomaron una medida enérgica... y se ocultaron detrás de las murallas almenadas. Pero estas murallas, construídas de cartulina, ¿podrían resistir mucho tiempo?

¡Ah! Si las tropas de Plombus hubieran venido con las manos en los bolsillos, ya se lo habrían dicho los papiiranos; pero los muy desalmados ¡hasta traían cañones!

Cañones, sí; y con resorte, y montados sobre unas ruedas que producían un estrépito infernal. Admirablemente colocadas las piezas y servidas por diestros artilleros, lanzaban los proyectiles por encima de las casas,

en las que producían sensibles desperfectos. Un frutero fué sorprendido por una bala de papel machacado en el momento que se disponía á calar un melón, y tal fuerza traía que se le quedó inscrustado en un diente.

Era preciso improvisar una artillería en Villacartón: así lo comprendió el Rey Papius. Ayudado por el general Cataplún, Ministro de la Guerra, embargó todas las cajas de cerillas, hasta las de cocina; pero dando preferencia, para formar con ellas la vanguardia, á las inglesas, que hacen tanto ruido.

No había que pensar en la artillería rodada; con la de montaña era suficiente. Y he aquí cómo se ingeniaron Papius y Cataplún para armar á los artilleros. Los cañones eran unos pedazos de papel fuerte,

enrollados y pegados con goma, que se sujetaban á los soldados por medio de cola líquida; servían de proyectiles pequeños trozos de lapiceros que, diestramente lanzados, iban á sembrar la muerte al campo enemigo.

¡Qué destrozos causaban tan terribles balas! En menos de un segundo quedaron fuera de combate nueve soldados del ejército republicano.

El ejército de Plombus comenzaba á retroceder.

Como ya estaba funcionando la artillería, y funcionaba maravillosamente, Papius quiso disponer la fusilería.

—Tengo cañones de cartón—pensó—, pues lo mismo puedo poseer fusiles de papel.

Comunicó su pensamiento al general Ca-

taplún, y como á éste le pareció de perlas, se pusieron manos á la obra y en pocas horas consiguieron equipar de fusiles á todos los que había en Villacartón en disposición de utilizarlos. ¡Qué éxito! Disparaban trozos de cerillas ¡á dos metros de distancia!

¿Os gustaría saber cómo eran estos fusiles? En el próximo número os daremos la explicación para que podáis hacerlo si algún día os halláis en trance parecido.

Sigamos ahora el curso de los sucesos.

Las tropas de Papius tuvieron un día bueno. En línea de batalla avanzaron marcialmente contra el campamento enemigo, logrando derrotar á los republicanos ejércitos

de Plombus, que, sin esperar el choque, huían como si tuvieran delante una legión de demonios.

—¡Adelante!—gritaba Papius,

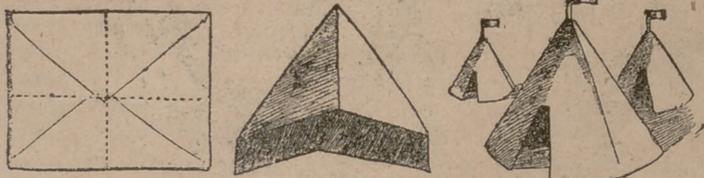
esgrimiendo un alfiler de cabeza de monja.

—¡Adelante, y viva Papius!—exclamaba Cataplún.

¡Fué un espectáculo soberbio! En tres horas y cinco minutos Papius reconquistó sus estados y se introdujo en los del revolucionario Plombus, quien entregó sus armas y pidió perdón.

Papius, indulgente como buen Príncipe, se le concedió bajo este compromiso: «No volver á empuñar más armas, aunque fueran de plomo viejo; entregar al vencedor monarca, todos los años, cinco tarros de fresa en almíbar para la Reina Cartulina, y tres kilos de rosquillas de la Tía Javiera para él.

GUILLERI.



Tiendas de campaña del ejército del Rey Papius.

Se construyen con un sobre pegado. Se trazan dos líneas que dividan el sobre, según indica el dibujo, y se corta por encima de los trazos. Cada una de las partes quedará convertida en una tienda de campaña con sólo hacerle una pequeña puerta y pegar arriba una bandera. Media docena de sobres os proporcionarán un bonito campamento.

LA VENGANZA DE LOS DUENDES

(Cuento fantástico.)

PUES señor...

Este era un sastrecillo, un pobre sastre de viejo, que cosía y charlaba sin cesar.

¡Y qué jorobado era el infeliz! Jorobado como no se ha visto otro... ¡Y feo!... Tenía el cabello amarillo y sólo tres pelos en la barba; tres largos pelos, y los tres de color

seis clases diferentes! Gordos, delgados, viejos, jóvenes, con alas en la cabeza, con alas en la espalda, con alas en los pies; unos que parecían pájaros, otros que parecían perros, otros que no se parecían á ningún animal conocido.

Y todos, á una, corrían, volaban, golpeaban con los pies, con las manos, con las patas, con el pico, cantando, gritando, berreando, ladrando su canción:

Lunes, martes, miércoles,
requequé, requequé, lá, lá,
la lirá, la lirá, lá, lá;
lunes, martes, miércoles,
y tras del jueves y viernes
el sábado vendrá.

El sastrecillo no era valiente. A escape se levantó á atrancar la puerta, á atrancar la ventana.

Requequé, requequé, lá, lá,
la lirá, la lirá, lá, lá.



distinto: el uno era blanco, el otro rojo y el tercero negro..

Y más charlatán que una cotorra. Mientras le daba á la aguja, meneaba la sin hueso. Y siempre para hablar mal de alguien.

Una hermosa tarde barbotó estas palabras:

—Los duendes son unos bribones; los duendes son unos bandidos...

Aunque lo dijo muy bajo los duendes le oyeron.

Y á la noche, apenas el sastre se había quedado dormido ¡patapán!, ¡patapán!, ¡patapán!; todos los duendes llegaron al galope: fronfrón, fronfrón, fronfrón; todos los duendes llegaron volando.

¡Cuántos había! ¡Y lo menos de treinta y

Repetían los duendes golpeando en la puerta, golpeando en la ventana.

—¡Duro, Nariz de Veleta!

—¡Apunta á la derecha, Pezuña de Buey!

Y ¡pan, pan! Y ¡ton, ton!

De repente el bullicio cesó. Un gran silencio. El sastrecillo, que prudentemente había metido la cabeza bajo las sábanas, descubrió su nariz de pico de loro, y dijo lleno de alegría:

—¡Ah, ah! Han partido. Parece que les salió mal la burla.

Pero el infeliz se engañaba. Los duendes habían abandonado la puerta y la ventana porque decidieron entrar por la chimenea.

Ya iba el sastrecillo á dormirse cuando

oyó en la chimenea como resoplidos: flo, flo. Eran ellos, los duendes.

El cuarto se llenó bien pronto. Y el rey avanzó, rodeado de su corte.

Estornudó tres veces. Después chifló con voz amenazadora:

—Sastrecillo, mal sastrecillo, condenado sastrecillo, ¿quieres decirme por qué tu lengua se mueve sin cesar, como la rueda de un molino?

El rey de los duendes interrumpióse para pedir rapé á su gran chambelán. Tras de estornudar otras tres veces, siguió:

—Si yo recordara todo lo que has chismoreado, murmurado y comadreado, sastrecillo de los demonios, los manzanos que acaban de florecer podrían madurar sus frutos antes de que terminara. Con tu mala lengua, has infernado el pueblo, mal sastre, mal hombre.

El sastre estaba más muerto que vivo, hundida la barba sobre el pecho, los ojos descajados.

Viendo que no contestaba, el rey habló de nuevo:

—Nosotros vamos á castigar al sastrecillo que es un charlatán y un mentiroso.

Y todos los duendes repitieron:

—Un charlatán y un mentiroso.

—Elegid entre sus agujas la más grande y puntiaguda y le atravesaremos la lengua para que no vuelva á hablar mal.

No creáis que en tanto los duendes se estaban quietos. Mientras uno le pinchaba las pantorillas, otro le tiraba de las orejas... Y el infeliz no podía defenderse. Los duendes eran los amos.

Finalmente se agruparon sobre él. Y el rey, tras de haber encendido la coleta de su peluca á guisa de candil, ordenó:

—Atención. Barba de Vieja, sácale la lengua y tenla bien fuerte, que no se escape; Ojos de Mochuelo, salta sobre su frente para alejar de allí las ideas negras, y tú, Juanito, hazle cosquillas en las orejas con los pelos del rabo para que se ría, porque no me agrada contemplar una tan triste figura. Los demás, sujetadle bien á la cama, que no



se menea. No seáis blandos, que los deslenguados merecen que se les trate duramente.

Y el rey coge la gran aguja puntiaguda y por tres veces taladra la lengua del maldiciente.

El sastrecillo grita con toda su alma. Y todos los duendes desaparecen. La del humo.

¡Quiquiriquí! ¡Quiquiriquí!... Canta un gallo. El día viene.

—Mal sueño he tenido—dice el sastre—. Todo eso de los duendes ha sido una pesadilla. Bien decía yo que son unos...

Pero no puede seguir. Tanto le duele la lengua.

Y siempre que va á hablar mal de los duendes le sucede lo mismo.

MALO RENAULT.

DE COLABORACIÓN INFANTIL

EL PEREGRINO

UN caballero que habitaba un hermoso castillo, gastaba mucho dinero para embellecerlo, pero hacía muy pocas obras de caridad.

Cierto día llegó un pobre peregrino pidiéndole hospitalidad por aquella noche; el caballero rehusó diciendo que su castillo no era ninguna casa de huéspedes.

—Permitidme solamente haceros tres preguntas—dijo el peregrino.

—Sea; con esa condición no rehusaré el oiros.

—¿Quién ha habitado antes que usted este castillo?

—Mi padre.

—¿Y antes que su padre?

—Mi abuelo.

—Y después que usted, ¿quién vendrá á habitarle?

—Mis hijos, si esta es la voluntad de Dios.

—Pues, bien; si cada uno que habita este castillo lo habita un corto espacio de tiempo, y uno reemplaza siempre á otro, usted no es más que un huésped, y su castillo una casa de huéspedes. No gastéis vuestro tesoro en embellecerlo con tanta magnificencia; pues lo habéis de habitar un corto espacio de tiempo. Sed más caritativo con los pobres, adquiriréis una vivienda eterna en el cielo.

Habiéndole tocado aquellas frases en el corazón, no solamente dió el caballero al peregrino la hospitalidad que le pedía, sino que de allí en adelante se mostró más humano con los pobres.

Traducido del francés por
ELADIO GONZÁLEZ.

Luarca.

¿Vivir... Morir... Dormir...
Soñar acaso?

En la cuna reclinada
blanca niña se adormece;
sus cabellos, cual el oro,
cubrieron su blanca frente.
Se mueven sus manecitas,
pues sueña con cascabeles,
con muñecas y trofeos,
mártires de sus vaivenes.
¡Oh, qué dulce sueño el suyo!
Marcado en el rostro tiene
la inocencia venturosa.
¡Oh edad en que así se siente!

.....
Ha crecido aquella niña,
y ya llega, adolescente,
á cambiar las frescas risas
por el amor que la enciende.
Ya no sonríe dormida;
sobresaltos la enardecen.
¡Qué distinto el sueño plácido
que ha pasado y que no vuelve!
Ya no sueña con muñecas
ni toca los cascabeles;
sueña amores infinitos,
saboreando los reverses
de ingratitudes y celos
que tanto el corazón muerden.

.....
La senectud ha llegado;
ya no es niña adolescente,
ya en su frente no hay muñecas,
ni agita los cascabeles;
ya los amores no luchan
en su pecho que padece.
¡Qué triste! Mira en sus sueños
la guadaña de la muerte.

.....
Dulces sueños de la vida,
tristes luchas que nos vencen,
sois encanto y sois martirio;
sois el misterio que tiene
esta vida que gastamos
sin saber cuándo se duerme.

Pravia.

GREGORIO DE LA VEGA.





F † Francisco Fernández Moscoso y Bellod, de trece años, muerto en Villena el 26 de Febrero por la imprudencia de un condiscípulo.

Con dolorosa frecuencia la prensa diaria nos participa desgracias ocurridas á los niños por el uso indebido de armas. Hoy nos comunica el distinguido teniente de la Guardia civil y querido amigo nuestro, D. Eduardo Aparisi, una desgracia de las que apenan el ánimo y dificultan expresar el dolor experimentado.

El 26 de Febrero la simpática ciudad de Villena recibió uno de esos golpes que jamás se olvidan, porque llevan el duelo á varias familias y el luto á todo el vecindario.

Varios niños habían salido de paseo por las afueras; entre ellos estaban Francisco Fernández Moscoso, Antonio Galvis, Manuel Tormo Ferrer y Eduardo Aparisi, todos ellos amigos íntimos, cariñosos compañeros... Del grupo salió una voz: el odioso *que te mató*. Lo pronunciaba Manuel Tormo Ferrer. Tras la palabra vino la acción, y Tormo apuntó al niño Moscoso con una pistola que otras veces no había funcionado, pero que en esta

ocasión dejó sin vida al infortunado niño Moscoso.

La desolación que sufren en estos momentos las familias del muerto y del matador, son mejor para adivinadas que para descritas.

Nos dice el amigo Aparisi que el pueblo quería lynchar al matador, y que éste se quiso suicidar en la cárcel; una y otra cosa comprendemos, porque el dolor de quien inconscientemente causa una víctima debe ser muy grande.

El infortunado niño Moscoso era en extremo formal y muy aplicado; lo prueban las manifestaciones de duelo que Villena ha hecho ante tan gran desgracia y la hoja de estudios que insertamos á continuación:

Hoja de estudios del alumno que fué de este colegio D. Francisco Fernández Moscoso y Bellod:

PRIMER AÑO.—Castellano: *Notable*.—Geografía de España y de Europa: *Sobresaliente y premio*.—Nociones de Aritmética y Geometría: *Notable*.

SEGUNDO AÑO.—Preceptiva y Composición: *Sobresaliente*.—Aritmética: *Notable*.—Geografía de España: *Sobresaliente y premio*.

TERCER AÑO.—Geometría: *Sobresaliente*. Francés, 1.º: *Notable*.—Latín, 1.º: *Notable*. Historia de España: *Sobresaliente*.—Notas quincenales del año que cursaba: *bien*.

Declaro, bajo mi firma, ser verídicos estos datos, según consta en los libros archivados de este colegio.—Villena, 28 de Febrero de 1905.—El Subdirector, *Salvador Avelán*.—(Hay una rúbrica y un sello.)

Sentimos no poder publicar íntegra la carta en que el Sr. Aparisi nos da extensamente cuenta del suceso, y enviamos nuestro más sentido pésame á la familia del desgraciado niño, cuya muerte nos ha impresionado profundamente.

Y terminamos rogando á todos los padres eviten enérgicamente el que los niños anden con armas, pero también el dejarlas al alcance de sus manos.

ROSA Y AZUL.

EL SUPPLICIO DE TÁNTALO



PARA EL CENTENARIO DEL «QUIJOTE»

TENEMOS el proyecto de dedicar entero el núm. 63, correspondiente al día 6 del próximo mes de Mayo, al centenario del *Quijote*, que se celebrará en la indicada fecha, y queriendo que los niños rindan su modesto homenaje al inmortal Cervantes, los invitamos á que cada uno nos remita un pensa-

miento, escrito en prosa ó verso pero *sin pasar en ningún caso de ocho líneas*, acerca del autor del libro ó de alguno de los personajes que en él figuran.

Ponemos limitación á los trabajos con objeto de poder publicar el mayor número de éstos, formar con ellos un ramillete y ofrecerle á nombre de la infancia española, al autor que más alto puso el pabellón de la literatura patria.

Los trabajos pueden remitirse hasta el 15 de Abril, y un Jurado se encargará de admitir los que reunan condiciones de ser publicados; advirtiéndole que, en nuestro buen deseo, le encargaremos *tenga la manga ancha*.

Al autor del mejor pensamiento le haremos entrega de un magnífico ejemplar de *Don Quijote de la Mancha*.

Indíquese en el sobre: «Trabajo para el centenario del *Quijote*».

CORRESPONDENCIA

J. Ramírez.—(¿?).—«Huelga frustrada está en turno». El trabajo á que alude en su carta no ha venido.

Fausto Miguel.—Madrid.—Si hubiese usted reducido el cuento á la mitad, diría lo mismo y habría más facilidad de publicarle. Tenga presente cuando envíe trabajos que sean cortos. El triángulo está mal.

Manuel Caldeiro.—Madrid.—Se publicará la fuga; pero debe usted enviar el nombre del autor de los versos.

Ricardo Menor.—Villena.—La composición, como primer producto de su musa, tiene bastantes defectos. Siga haciendo versos y procure que las composiciones sean cortas, que yo abrigo la esperanza de que hará algo admisible. El logogrifo sirve.

Pablo Bosch.—Barbastro.—Se publicará. La solución al triángulo está bien.

Antonio Aguirre.—Madrid.—Publicaré una que tiene gracia, la otra es muy conocida.

Salvador Domínguez.—Aprovecharé algo de lo que envía. ¿Ha escrito usted *La niña pobre* ó la ha copiado de alguna parte?

Francisco Petit.—Pueblo Nuevo del Terrible.—Publicaré su trabajo, pero he de retocarle.

J. T.—Madrid.—El album no favorece á usted ni poco ni mucho; esta es mi franca opinión. Respecto á lo otro tendré un verdadero placer en servirle si hallo ocasión.

Ramón de Gaztañondo.—Sarriá.—Muy bien las soluciones.

Cristóbal Partal y Lola Márquez.—La Línea Aprovecharé sus envíos, pero no todos.



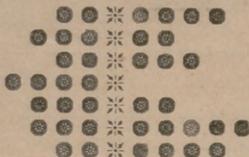
ADIVINANZA por Vicente Más.

¿Cuáles son los dos nombres de varón que tienen las cinco vocales sin ser repetida ninguna?

CHARADA por Francisco Guerrero.

Tiempo de verbo mi *prima*;
el *tres* dos nación del Asia,
y mi *todo* siempre es útil
para limpiar las pizarras.

SUSTITUCIÓN por Juan Cano Maresco.



Combinad los puntos y estrellas de manera que horizontalmente resulte los días de la semana y en las estrellas verticales el apellido del director de un periódico ilustrado.

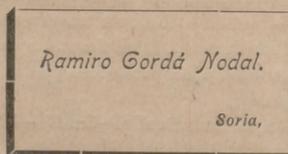
JEROGLÍFICO por Rosita del Azahar.

K Nota } ATLÁNTICO
JONICO
CASPIO

SUSTITUCIÓN por Adolfo J. Topham.

A ciudad muy conocida
la letra tres quitarás,
y una vez sustituida
por otras siete, hallarás
lo que te diré en seguida:
Apellido, mineral,
dos verbos (indicativo),
el vestido en general,
un color, un adjetivo,
y... aquí hago punto final.

TARJETA por José Castejon.



Combinad las letras de esta tarjeta y hallaréis el nombre y apellidos de un conocido político.

FUGA DE CONSONANTES por José M. Pendás.

ua.o i .o.e.a .a.a
.o.ie.a.e .ue .a .e.a.
.o.ue .e .e.a .a .a.e
.e .e.o.i.o .e .a.

TERCIO SILÁBICO por Federico del Río.



Leed horizontal y verticalmente: 1.º, fruta; 2.º, tiempo venidero, y 3.º, en la cocina.

JEROGLÍFICO por A. San Gil.

T ni E NOTA
TO

TRIÁNGULO por Ibán Iscar.

1 2 3 4 5 6 Metal.
1 3 4 2 4 Verbo.
5 6 3 4 Idem.
6 5 6 Metal.
4 3 Nota musical.
1 Consonante.



SOLUCIONES

A la pregunta por Antonio Aguirre: EN NADA.
A la fuga de vocales por Adolfo J. Topham:

Lola, Rosario, Margarita, Juana,
Rafaela, Francisca, Ceferina,
Eloísa, María, Luz, Rosina,
Reyes, Manuela, Rosalía y Ana;
Adela, Otilia, Paz, Inés, Susana,
Camila, Fe, Mercedes, Angelina,
Pino, Luisa, Ramona, Leopoldina,
y en último lugar pondré á Juliana.

Hermosas son; gallardas y fornidas;
guardan perlas por dientes en sus bocas;
son de dichas y amor dulces guaridas.
Todas estas á un tiempo, casi locas,
me quieren con sus almas y sus vidas,
pero yo las desprecio por ser pocas.

Al jerooglífico por Ibán Iscar: ENLACE.

A la cruz numérica por Gil Farrán: CRISTÓBAL.

A la tarjeta por Vicente Más: ATANAGILDO.

A la charada por Manuel Caldeiro: MORENO.

A la charada por José de Torre: LAREDO.

Al jerooglífico por A. San Gil:

Por más contento que esté
una pena en mí se esconde,
que la siento no sé dónde
y nace de no sé qué.

A la adivinanza por C. Marchesi: PLÁTANO.

PARA COLEGIALES

Los trajes de mejor forma los hace y reforma más baratos que nadie, **PEDRO S. CIMARRA**, sastre práctico. ✱—✱

San Bernardo, 56, frente á la Universidad.

MAESTRAS

OPOSICIONES PARA CÁTEDRAS DE NORMALES

(CIENCIAS Y LETRAS)

Y ESCUELAS PÚBLICAS

GRAN ACADEMIA DE ESCRIBANO

PONTEJOS, 1, 2.º IZQUIERDA

Con la cooperación de varios Doctores y Licenciados en Ciencias, Letras y Derecho, Profesores de Normales y Maestros por oposición, de las Escuelas públicas de Madrid.

Completa preparación en todas las asignaturas que comprenden los estudios de Maestra de 1.ª enseñanza.

Esta acreditada y conocida Academia no necesita de pomposos anuncios, pues goza ya de justo crédito.

Honorarios adelantados: 30 PESETAS MENSUALES.

Horas para ver al Director: de seis á ocho.

Para cualquier otro detalle, dirigirse á la Academia con sello para la contestación.

EMULSIÓN IODO-TÁNICA

MADEMOISELLE

Es la única de aceite de bacalao con iodo y tanino que existe en el mundo y la más recetada por las eminencias médicas españolas ✱✱✱✱✱✱✱✱✱

En todas las farmacias.

NUESTRAS REFORMAS

Desde el número 54 ROSA Y AZUL, anticipándose á la primavera, sale á la calle con traje nuevo y vaporoso, como los niños comienzan á salir en los días que el sol luce sus cálidos rayos.

El traje consiste en bonitas cubiertas debidas al lápiz de Cuevas y estampadas con tinta rosa y azul sobre magnífico papel blanco.

Como cada número llevará un dibujo distinto; constituirá esta reforma un verdadero aliciente, que no hemos de hacer resaltar.

Y á ésta seguirán otras, porque nos proponemos no dar paz á la mano en nuestro afán de mejorar más y más la Revista. De este modo creemos corresponder al favor que nos dispensan los niños.

